



## Capítulo 423: Nos vemos por ahí... Vergil.

La niebla azulada flotaba en el aire como velos de seda suspendidos entre las ramas de árboles centenarios. Una escalera de piedra se elevaba suavemente ante Virgilio, serpenteando como un río encantado, iluminada por hilos dorados de luz mágica que brillaban bajo sus pies a cada paso. El cielo de arriba era un océano de éter estrellado, con una luna creciente curvada como una sonrisa serena, suspendida en lo alto de la escalera como un faro de sueños.

El lugar parecía existir fuera del tiempo. Cada hoja, cada partícula de luz que flotaba alrededor pulsaba con una calma sobrenatural —como si el mundo mismo respirara lentamente, observando a Virgilio con ojos invisibles.

Escuchó la voz antes de ver a su dueño.

"Has llegado demasiado lejos para algo que nunca entendiste del todo", dijo la voz, firme, grave, llevada por una autoridad silenciosa.

Virgilio levantó los ojos lentamente, con el puño todavía firme sobre la empuñadura de la espada que descansaba sobre su cintura. En lo alto de la escalera, recortada contra el suave resplandor de la luz de la luna, estaba sentado un hombre en los escalones.

Su cabello gris estaba simplemente atado hacia atrás, y su rostro —envejecido, con arrugas marcadas por la vida, no sólo por el tiempo— tenía un aspecto firme pero suave. Llevaba una capa gruesa y vieja, cubierta por una coraza de cuero desgastada pero aún resistente. Su presencia allí, en el centro de ese entorno encantado, era a la vez absurda y perfectamente coherente.



Virgilio subió unos escalones más hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir los ojos del hombre. Había algo en ellos que ya no se veía en los rostros del presente—una especie de recuerdo vivo, como si hubiera presenciado el ascenso y la caída de los imperios.

"¿Cómo... cómo estás aquí?" -preguntó Virgilio. "Este lugar..."

El hombre lo interrumpió con un movimiento perezoso de la mano. "Pocos pueden llegar a este lugar. Y casi nadie puede llevar mi antigua espada."

Virgilio miró instintivamente la hoja clavada en el suelo —una espada de luz dorada, con inscripciones arcanas talladas en la empuñadura. Podía sentir su calor palpitante, como si reconociera el nombre que ahora llegaba a la punta de su lengua.

"Tu espada", murmuró. "Entonces... tú eres... Rey Arturo Pendragon."

El anciano inclinó ligeramente la cabeza, con los ojos medio cerrados por diversión.

„Rey Arturo?“ dijo riendo brevemente. „La última persona que me llamó probablemente murió hace siglos“

Vergil frunció el ceño, intentando descifrar si se trataba de sarcasmo o de simple melancolía.

„¿Y quién fue esa última persona?“ preguntó con voz firme, sin miedo. „Morgana Le Fay? ¿O.... la Dama del Lago, Viviane?“



Arthur levantó una ceja, sorprendido. Luego sonrió, y su sonrisa era como el sonido de un trueno lejano — recuerdos ecos de gloria y tragedia.

"Eres un joven excéntrico por hablar tan libremente con un rey", respondió.  
"O quizás simplemente un tonto."

Vergil respiró profundamente. No sintió ninguna arrogancia por parte de este hombre, sólo una verdad despojada de formalidad. Sus ojos estaban en el cielo, pero sus pies permanecían firmemente en la tierra.

"Ya no eres rey", dijo Virgilio mirándolo fijamente.

Arthur meneó la cabeza lentamente, como si aceptara una conclusión inevitable.



"No", dijo. "Hace millones de años, dejé de ser algo que el mundo mortal reconocería. Los tronos se han derrumbado. Los castillos han caído. Los nombres han sido olvidados o reescritos por manos cobardes. Y aún así..." Hizo un gesto con la mano hacia el entorno etéreo. "Todavía hay quienes vienen aquí con esta espada. Excalibur siempre parece encontrar a alguien."

Virgilio miró la espada clavada en una roca, dejando que la luz dorada iluminara sus rostros. La hoja vibraba suavemente, como si el sonido del metal cantara en memoria de su maestro.

"No esperaba que me enviaran a otra dimensión sólo por reconstruir esto" La voz de Virgilio era baja, casi un susurro.

Arthur asintió. "Estoy tan sorprendido como tú. Se suponía que no debía estar aquí, después de todo... "Yo morí."



Silencio. Un viento sutil sopló a través de los árboles encantados, agitando hojas que no cayeron. Era como si el mundo mismo estuviera a punto de decir algo, pero dudara.

Virgilio rompió el silencio: "Entonces... ¿no sabes por qué estoy aquí?"

Arthur se levantó lentamente de las escaleras. Su presencia creció, como si ya no fuera sólo un hombre sino el reflejo de toda una época. Pero había cansancio en sus hombros. El peso de la leyenda, quizás.

"Ella quiere ponerte a prueba."

Virgilio lo miró fijamente. "Estás bromeando."

Arthur soltó una breve risa, seca como la madera crujiendo con el viento.



"Oh, cómo me gustaría que fuera una broma", dijo mientras caminaba lentamente hacia la roca donde descansaba Excalibur, incrustada como un punto de referencia inamovible en el centro del mundo.

La hoja parecía haber crecido desde el suelo mismo, como si la tierra se la hubiera tragado y ahora la hubiera ofrecido de vuelta. Las inscripciones a lo largo de la empuñadura brillaban con un pulso rítmico —como un corazón esperando ser despertado.

Arturo se detuvo junto a la espada y colocó su mano sobre la roca, casi con reverencia.

"Esta piedra es un sello. Un desafío y un oráculo. Quien saca la espada de aquí... no la lleva simplemente. Son juzgados por ello."



Virgilio cruzó los brazos.

"Esto suena como una de esas pruebas baratas de pureza de corazón. ¿Es esto realmente necesario?"

Arthur se giró lentamente para mirarlo, sus ojos ahora más oscuros, intensos como carbón ardiendo.

"No se trata de pureza. "Nunca lo fue." Señaló la espada. "Si fuera algo tan trivial ¿crees que un demonio podría sostener una espada?"

Vergil se acercó con pasos lentos. Con cada metro que cortaba entre él y la espada, sentía que algo se apretaba dentro de su pecho. No era exactamente miedo. Fue... anticipación. Como si el mundo contuviera la respiración por él.

"Entonces, ¿simplemente lo saco de la piedra?" preguntó, deteniéndose frente a la piedra.

"Si fracasas, debes regresar a tu mundo", dijo Arthur simplemente. "Quizás recordándolo todo, quizás no. Pero si lo logras... la espada es tuya. "Una espada de rango heroico legendario."

Vergil miró a Excalibur. Era hermoso, sí, pero no como uno esperaría de un arma legendaria. Era una belleza antigua, pesada y cargada de propósito. Como si la espada supiera de todas las guerras que aún no habían sucedido.

"Esto va a doler, ¿no?"

Arthur sonrió levemente. "Probablemente."



Virgilio extendió lentamente la mano.

Excalibur parecía brillar más con cada centímetro que su piel se acercaba a él, como si sintiera su presencia, como si el metal dorado reconociera algo dentro de él que ni siquiera él entendía. Cuando sus dedos tocaron la fría empuñadura de la hoja, una ola de electricidad recorrió su cuerpo, provocando que sus músculos se contrajeran y sus ojos se ensancharan.

Su corazón comenzó a latir con una urgencia inhumana.

Golpe. Golpe. Golpe, golpe, golpe.

Intentó tirarlo —sólo un ligero movimiento para probar la resistencia de la espada— pero fue como tocar el sol. La luz explotó en su mente y luego el mundo se derrumbó.

Él ya no estaba allí.

Virgilio estaba en otra vida. Ver con ojos que no eran suyos, sentir con un pecho que respiraba con otra alma.

Estaba lloviendo. El cielo era de un rojo enfermizo, las nubes teñidas de sangre y fuego. La tierra tembló bajo pezuñas y gritos. Un dragón negro atravesó los cielos, vasto y antiguo, con sus ojos como cráteres en llamas.

Arthur estaba allí —joven, en todo su esplendor. Su armadura, marcada por mil batallas, brillaba de sudor y esperanza. Cabalgaba con Excalibur en sus manos, una espada que cortaba el aire como si rasgara velos entre mundos.



La batalla fue un caos de tiempo distorsionado. Virgilio sintió cada golpe, cada pérdida. Los caballeros cayeron a su lado, rostros que nunca conocería y que se desvanecieron en gritos silenciosos.

Y luego llegó el momento final.

El Dragón destruyó castillos con una sola aleta de sus alas. Arthur corrió hacia la criatura, sumergiendo a Excalibur directamente en su corazón abisal. Pero la espada no aguantó. Se rompió en un millón de fragmentos de luz y silencio. Y Arturo cayó, mortalmente herido, y su sangre se fusionó con el barro y la gloria.

Y Virgilio lo sintió todo.

Pain.

Pérdida.

La eternidad de un juramento roto.

Los gritos cósmicos resonaron en su mente. El universo mismo, o lo que había más allá de él, aullaba dentro de sus oídos. Una presión absurda, como si su cuerpo fuera demasiado pequeño para contener la verdad que acababa de tocar.

Fue arrojado hacia atrás con fuerza.

Su cuerpo voló como un trozo de papel en medio de un huracán de realidad. Se estrelló contra el suelo etéreo, rodando entre hojas que no se rompían, piedras que cantaban.



Arthur lo observó desde donde estaba, con los ojos medio cerrados y una mano apoyada en su rodilla en señal de duda.

"¿Estás vivo ahí abajo?"

Virgilio, acostado boca arriba, respirando como si hubiera estado corriendo durante milenios, dejó escapar un gemido ronco.

"¡¿QUÉ CARAJO FUE ESO?!" gritó tosiendo. "Mi... mi corazón casi EXPLOTA! ¡Me arden las manos! ¡Fallé, maldita sea! ¡FALLÉ!"

Se frotó las palmas de las manos contra el suelo, tratando de contener el dolor palpitante y pulsante que parecía provenir no de su carne, sino de su alma.

Arthur frunció el ceño y se acercó con pasos lentos. Sus ojos estaban fijos en algo. No en Virgilio, sino en sus manos.

"... ¿Estás seguro de eso?" Vergil lo miró fijamente, jadeando.

"¡Por supuesto que lo soy! La espada todavía está—..."

Él se detuvo.

Miró sus propias manos.

Allí, firme y serena, descansaba la espada.



No es la misma espada.

No el Excalibur que había visto en los sueños de Arturo, roto en la batalla contra el dragón. Éste era nuevo. La hoja todavía estaba dorada, pero la luz parecía más... profunda. Como si llevara la esencia de algo que iba más allá de reinos o leyendas.

Las inscripciones habían cambiado.

Más arcano. Más antiguo. Como si hubieran sido tallados por fuerzas que no conocían ni el tiempo ni el idioma.

Virgilio parpadeó, atónito.



Arthur cruzó los brazos, su rostro una mezcla de confusión y curiosidad.

"Hm. Mucho más fuerte que el original", murmuró, casi para sí mismo.

Vergil sostenía el nuevo Excalibur con manos temblorosas, la hoja ligera como una promesa y pesada como una maldición.

"... ¿Qué pasó?"

Arthur caminaba a su alrededor, con pasos lentos, como si sintiera que el espacio que lo rodeaba estaba siendo moldeado por algo nuevo.

—La espada que forjó Viviane... —comenzó con voz pensativa. "Bueno, esta es la segunda vez que esto sucede, pero nuevamente, la energía de la espada ha cambiado. Tal como hace miles de años cuando lo sostuve. El poder que Viviane puso en la espada no era suyo y probablemente ella no lo sabe."



"¿Estás diciendo que Viviane... puso un poder en Excalibur que ni siquiera ella entendía?"

"No. Probablemente no puso nada allí", dijo Arthur. "De hecho, probablemente algo o alguien interfirió en ello"

Virgilio volvió a mirar la espada que tenía en la mano.

La espada susurró. No con palabras. Pero con intenciones.

Arthur, o quienquiera que fuera ahora, se acercó una vez más, con el rostro serio.



"Vergil... cuida de ella. Viviane. Ella no sabe lo que realmente contiene esta espada. Pero lo viste. Lo sentiste. "Hay más que leyenda y valentía"

Vergil levantó una ceja y todavía intentaba procesarlo todo.

"¿Lo sabías y no dijiste nada?"

Arthur hizo una pausa.

Por un momento, la escena brilló—y luego se hizo añicos.

No como algo que se rompe, sino como un espejo que revela lo que había detrás.



El hombre que tenía delante empezó a cambiar.

Las arrugas desaparecieron. Las canas se convirtieron en humo. El cuerpo se convirtió en una silueta etérea, hecha de luz y sombras, como una estatua tallada de memoria, no de carne.

"Tú... nunca podrás hablar... ¿verdad? ... Excalibur."

La entidad sonrió — pero no con los labios. Fue una sonrisa sincera, como la aceptación de una identidad que nunca fue elegida.

"Nos vemos por ahí... Virgilio."

